

PEDRO
DE
BASALDUA



SANGRE EN LA MINA

ORDEN
DE
BASILIDIA

R.- 445

PEDRO DE BASALDUA

SANGRE EN LA MINA

ESBOZO DE NOVELA
SOCIAL-PATRIÓTICA

(Ilustraciones de Nik)



BILBO'N
EUZKO-ARGITALDARIA
1937

LIBRARY OF THE

UNIVERSITY OF CALIFORNIA

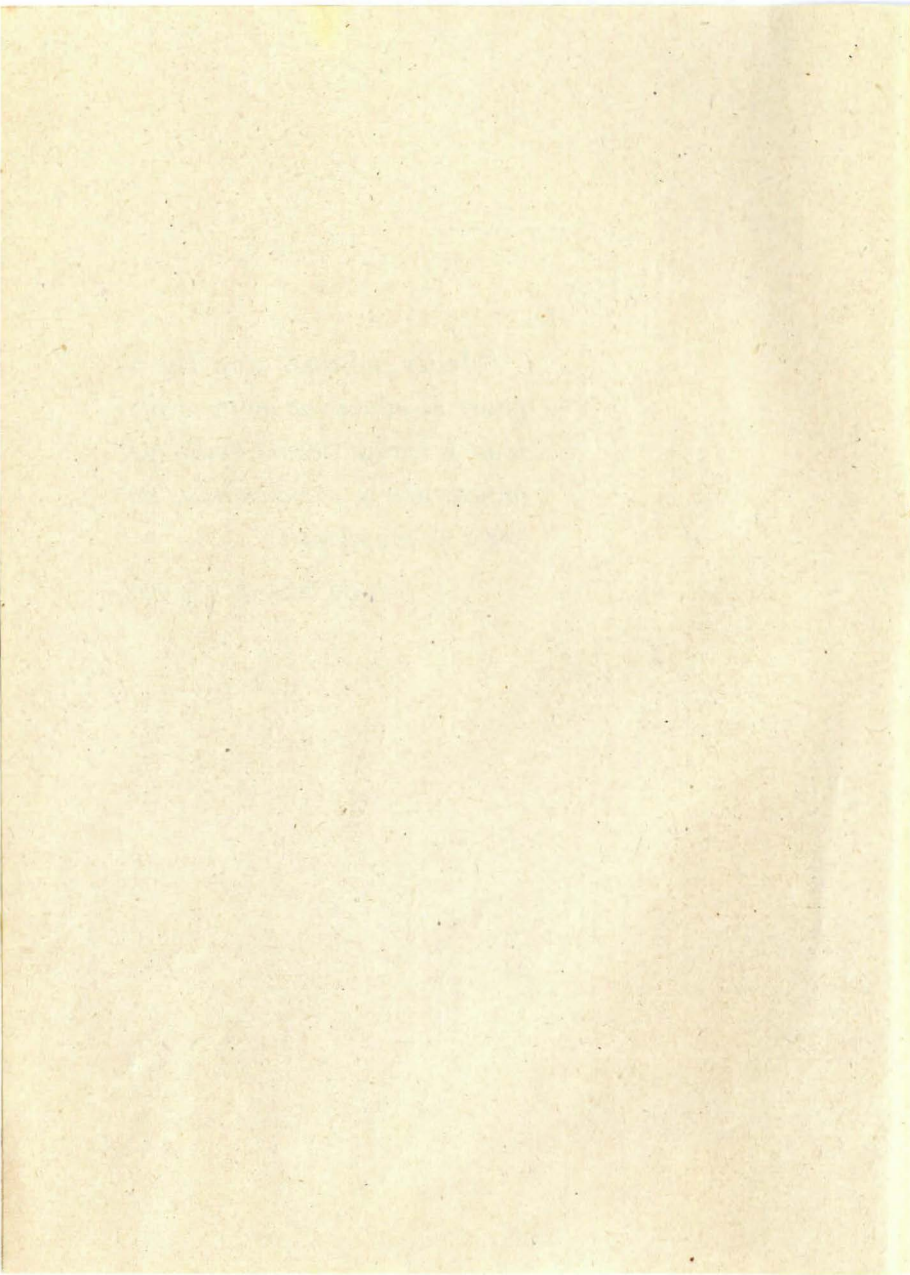
LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF CALIFORNIA

1

UNIVERSITY OF CALIFORNIA

“Todos sabemos que hoy el pobre es inhumanamente explotado y tratado como bestia por industriales y comerciantes, mineros y propietarios”.

SABINO DE ARANA Y GOIRI.



I

De la llanada arabarra, abandonando el baserri de uno de aquellos diminutos pueblos dorados por el sol, había llegado su familia hacía un cuarto de siglo, a los altos picachos de la Encartación, viviendo, desde entonces, en este suelo que parece haber bebido sangre.

Aquí se había criado y aquí vivía; en la desolada aridez de la ruinosa población, de paisaje duro y esquivo, al aire y desnudas las rocas y a sus pies, entre rendijas y costurones de la tierra, la profundidad de sus pozos siniestros y fríos...

Un cuarto de siglo también viviendo al calor del hogar familiar.

Su padre, agotado y roto por el trabajo bárbaro de las minas, era uno de aquellos millares de mineros a quienes se refería el sociólogo Sabino de Arana y Goiri al decir que: «ni tienen tiempo para atender al cuidado y a la educación de sus familias, ni reciben ellos del rico, que los explota, medio ninguno con que instruirse y educarse».

Forjado en un ambiente de privaciones y miseria, desde niño apreció el sabor agrio de la vida; respirando el aire angustioso

de estrechez de la población minera, y trabajando duramente desde sus más tiernos años, había logrado formarse un carácter entero y sólido. No en vano en su hogar, en aquellas habitaciones reducidísimas, mal ventiladas y húmedas, en donde apenas entraba la luz y el sol, había educado su espíritu en el profundo y macizo cristianismo de su madre.

Juan, que tal era su nombre, forjado así en los más duros yunques para la vida, era un mozo fuerte y varonil, de facciones duras pero simpáticas, de manos callosas e inquieto espíritu.

Desde la cumbre del monte, respirando a pleno pulmón; dominando aquel panorama grandioso que se extendía a sus pies: a un lado la ciudad lujosa y elegante, moderna y presuntuosa, feliz, con sus chalets y palacios, jardines y parques; en frente, a unos metros tan solo, en una atmósfera de humo, los suburbios industriales con la trepidación y el estruendo fabril de yunques y sirenas... contemplaba, en mirada vaga, cómo se embozaba la mar bajo el velo de la bruma.

Sentóse al fin, vuelta la cara hacia la costa. En sus manos, quemadas por el sol, el aire y el mineral, destacaba un folleto nacionalista, de vivos colores.

Se lo había entregado dos horas antes, allá en las profundas galerías de la mina, un amigo de sus tiempos infantiles: Iñaki. Era éste —aun lo recordaba en aquella ingenua y sonriente época,— un joven de corazón, de fondo dulce, tímido y apacible.

Aquellos primeros años vividos iban desfilando ahora como en lluvia de recuerdos.

Iñaki, en medio de su timidez y sentimentalismo, a juego con su cara de muñeca, era en aquellos años un rapazuelo alegre y

juguetón y muy inteligente; en la escuela ocupaba siempre el número uno... pero, tenía un defecto, un gravísimo defecto: ¡era separatista!

No es que hiciera ostentación de sus ideas, pero ¡cuántas veces le habían sorprendido llevando bajo la solapa de su chaquetilla de mahón una insignia de cartón con «absurdas y expresivas» inscripciones, o pintando burdamente banderas y más banderas rojo-blanco-verde!

A instancia del maestro —aquel hombrecillo seco y mal hablado, con sus bigotes largos y lacios, partidario convencido de que la «letra con sangre entra»,— y después de hablarles, no recordaba ya a propósito de qué conmemoración «patriótica», de Ataulfo, Wamba y Chindasvinto y aun del sol que jamás se ponía en ciertas tierras, dijo que, como consecuencia, habrá que acabar, no importa cómo, con los «separatistas».

Mientras hablaba, con aquella entonación hueca que tanta burla producía a los alumnos, todas las miradas de la clase estaban clavadas en el rostro de Iñaki, turbado y grana como el de una colegiala.

Poco después, lo que hasta entonces había sido burla y desprecio, convirtiéndose en algo más contundente y sensible.

En la hora del recreo, inflamados por la tartarinesca belicoidad del enjuto maestro, más de veinte puños cafan despiadados sobre el rostro tierno y fino de Iñaki. Y allí quedó, en un rincón del patio, solo, con los ojos morados y llorando amargamente.

Toda la ternura del corazón de Juan desbordóse dulcemente ante aquel compañero anegado en lágrimas y roto en sofocantes suspiros. Y mientras los diminutos agresores huían rápidos, y con los ojos atemorizados, allá quedó Juan, sentado a su

lado, con dos lagrimillas también, prendidas en sus ojos negros.

Entre lágrimas y palabras de consuelo, mientras con su manita acariciaba el húmedo rostro de Iñaki, se fundieron dos corazones rebosantes de piedad y pureza.

—No llores, Iñaki. Mi padre dice que los hombres que lloran son unos cobardes.

—Pues mi madre no quiere que llore porque dice que me pongo muy feo...

Y así, enlazados ya en una charla trivial, fué el desenlace de aquel incidente infantil que recordaba ahora Juan al cabo de los años.

Estos habían logrado endurecer su cuerpo, mas no el alma; el tiempo encalleció las manos, pero no el corazón.

Aquella tarde, mientras retumbaba el estallido de la dinamita, encontráronse ambos amigos en la madeja oscura de las galerías y hablaron brevemente; luego, Iñaki, le había cedido un libro a Juan, el mismo libro de coloridos chillones que tenía en la mano.

Sentado, reflexionaba. A lo lejos, oíase el murmullo acariciador del mar.

II

—Si eres amante de la justicia y del derecho, tú terminarás siendo nacionalista, le había dicho Iñaki, con su mirada serena y penetrante.

Rumiaba ahora la frase. En su carne había sentido las dentelladas del hambre y la miseria, la dureza y crueldad de las horas interminables de trabajo, de sol a sol, de noche a noche, en las entrañas profundas de la tierra, en aquel ambiente de asfixia, en aquel calor de fuego subterráneo; y todo por un jornal mísero, con el que medianamente podían mantenerse para seguir trabajando.

—¿Sabes lo que pienso cuando cobro la paga?, le había dicho con sonrisa maliciosa y gesto burlón un minero anciano y filósofo. Pues que nos pagan con el mismo interés y el mismo egoísmo con que engrasan sus máquinas... ¡que lo hacen para que sigan produciendo!

Así pensaba también Juan. Olvidaban la aportación del trabajo, y sobre todo la dignidad humana del trabajador. El hombre era convertido en máquina, rota su personalidad y olvidado el fin social para el cual fué creado. Sólo así se concibe la exis-

tencia de aquellos cientos de niños y mujeres que trabajan en aquellos lavaderos de mineral desde las cinco de la mañana hasta las seis y siete de la tarde, secos por el frío, amoratada su carne suave por la humedad. Niños y mujeres con el sello de la palidez y la enfermedad en el rostro de mirada sin luz ni vida.

Juan se rebelaba contra todo esto, contra la organización social injusta y anticristiana, que era un baldón para toda conciencia digna, y contra los hombres que la mantenían y difundían; hombres cuyas entrañas eran más duras que las entrañas rojas de la tierra.

Juan sentía en su alma una inquietud rebelde. Era y quería ser un paladín de la justicia y del derecho, pero... ¿qué tenía que ver «eso» con el nacionalismo, con aquella idea que llevaba en el alma con tanto tesón, y a través de los años, el amigo y compañero Iñaki, y que seguían sus numerosos y buenos amigos de tiempos infantiles? ¿No sería todo esto un mito?

¿Y si fuera una realidad?

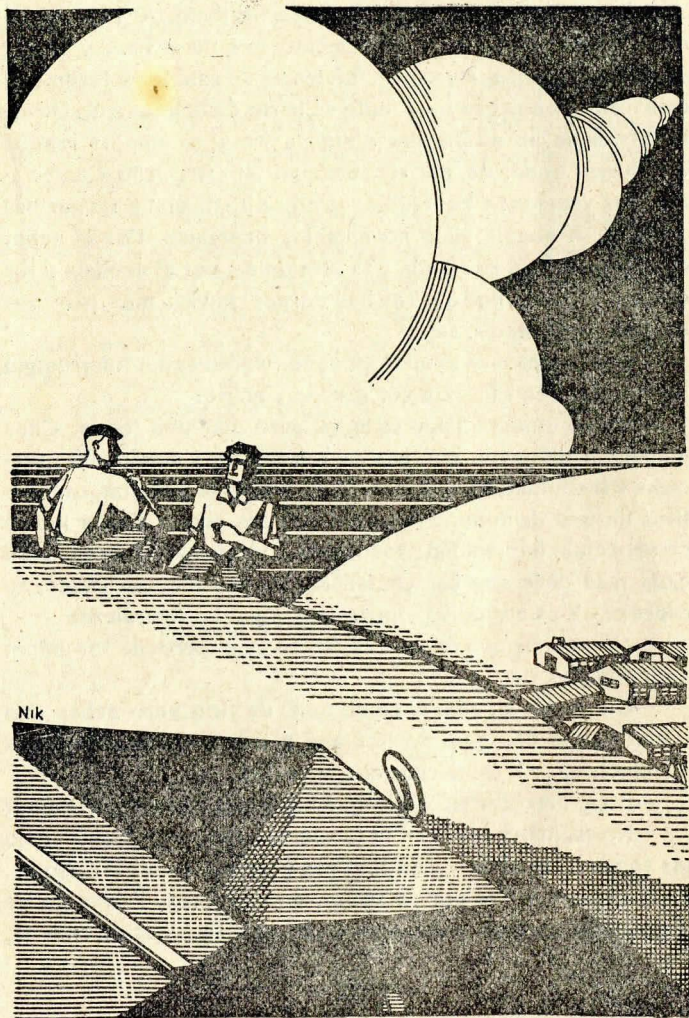
Porque... aquella mañana se había desvanecido en parte el mito. Iñaki le había dicho con el rostro encendido :

—Tú no puedes abandonar a tu Patria; no puedes renegar de tu raza...

—¿De mi raza, dices? Espera, espera un momento, amigo... ¡Eh, tú, Cantaclaro, ven aquí...! Ven, hombre, ven... Anda, cólocate junto a mí... Así... Dime, dime ahora, Iñaki, ¿en qué nos diferenciamos? En nada, ¿verdad? Pues bien; este es de Extremadura y yo...

—Sí, tú, vasco, de Araba...

Miraba sorprendido el buen extremeño toda la escena. Como tantos otros, allí se había afincado y era uno más en la vida áspera, en el dolor y en la esclavitud.



Nik

—Dices bien, amigo, afirmó sonriente Iñaki. Al parecer, en nada os diferenciáis... exteriormente; ese, tú y yo... y tantos otros. Pero, mira, a veces la diferencia es exterior y fácilmente destacable: un negro o un indio es harto distinto que tú. Otras, la diferencia no se aprecia a simple vista, ni por los rasgos exteriores: nosotros, por ejemplo, con el extremeño Cantacarro. Mas veamos: supón tú que te presento diversos recipientes de agua. A simple vista no aprecias diferencia. Por el sabor conoces que una es salada y la otra dulce; por el análisis y los efectos se desprende que las hay duras; suaves, más o menos crudas, medicinales, etc.

—Pero todas son lo mismo: agua, y sólo agua, interrumpió rápido el extremeño, con voz gruesa y fuerte.

—Exacto, amigo. Todo es agua, pero distintas todas. Cada manantial diferente, con sus características y condiciones precisas e inconfundibles. Y cada cual sigue su peculiar cauce y tiene un uso definido... Pues así son las razas. Todas juntas componen la humanidad: todos los hombres la integran, pero cada raza tiene sus características, su función, su cauce, su especie... Y es armónico y ordenado como la Naturaleza.

—¿Y no cabe una degeneración, en este correr de los años, amigo Iñaki?

—Claro que sí; pero si en un tonel de vino puro echas uno o diez vasos de agua, no por eso pierde sus características sustanciales... Y así sucede con las razas.

—Bien, pero entonces ¿en qué habíamos de diferenciarnos?

—No exclusivamente en la forma, el color y el canto como las especies animales, o en el sabor y dureza como las aguas. Cada raza se define por su genio, por su alma. Y esto es su lengua, costumbres, cultura; es decir, su manifestación externa,

su pasado, historia, tradición, la personalidad reflejada en sus obras.

—¿Y sois o somos los vascos una raza distinta?

—Atiende a los sabios. A mí no tienes por qué creerme. Lee, estudia. Ahí encontrarás su historia, su pasado, su alma... Lee, estudia y reflexiona.

Iñaki, con la mirada brillante, iluminado el rostro por un gozo interno, abandonó el picacho en dirección al pueblo de calles tortuosas y chabolas derruidas. Con él marchaba el extremeño con su traje de pana y visera ladeada.

Juan continuó largo rato con la mirada perdida en lontananza.

La noche se deshacía en estrellas.

La voz de la sangre, despertada al conjuro de las frases calientes de aquel minero pálido y enfermizo hablaba ahora en el corazón de Juan, de modo profundo e impetuoso. Era como un anhelo irresistible de querer compensar en tiempo limitado y breve la indiferencia y la burla de antaño.

Primero, los libros y folletos que le proporcionara Iñaki. En la mina, en el hogar, en el sindicato, en todo momento desvaneciéndose dudas, aclarando conceptos, reforzando argumentos. Y luego de bien reflexionados, a contrastarlos en las conversaciones y discusiones con los compañeros de trabajo.

No era la primera vez que la discusión, en ese ambiente de taberna, de vino y de canto, había terminado violentamente.

Con ese carácter de violencia acosaban a Iñaki, Juan y otros amigos aquella noche en uno de los rincones de la taberna de la plaza del pueblo. Era un local pequeño, incómodo y sucio, alumbrado por mortecina luz. Una nube de humo y de vaho lo llenaba todo. En aquel ambiente irrespirable, un buen número de mineros discutían agriamente.

—Tú, lo que pasa es que eres un «separatista», dijo con

desprecio un minero ya entrado en años, interrumpiendo a Juan.

¡Era un separatista! Como un zumbido tenaz rodaba la frase del minero. Antaño, en sus tiempos infantiles, ella habría ido acompañada de unas buenas bofetadas. Ahora había que contestar con golpes de razón.

—¡Abajo el separatismo!, voceaban no pocos.

—¡Fuera con él!..., apuntaban los más decididos.

El griterío, durante un momento, fué espantoso. Al fin, Juan, pudo hacerse oír.

—Compañeros, dejadme hablar...

—¡Dejarle, dejarle que hable!, gritaban los más sensatos.

—¡Pues que sea la última vez!, sentenciaron no pocos.

—Como queráis, amigos. Pero yo preferiría que discutiéramos todos y todo. Así es posible que llegáramos a comprendernos o por lo menos a respetarnos. Y bien; ¿separatista me habéis llamado? Muy al contrario; estáis en un error. ¡Nosotros queremos unirnos todos! ¿Que hay un ansia de justicia, de reparación, de reivindicación de tipo económico o social? Pues a unirnos, a unirnos todos, que en la unión está el secreto del triunfo cuando hay que enfrentarse a patronos egoístas y a capitalistas ciegos...

—Hay muchos de esos que son nacionalistas, rugió triunfal la masa.

—Exacto, compañeros. Lo confieso; y católicos además. Pero yo os aseguro que a éstos hay que combatir con más ardor porque además de explotar al obrero, se burlan y traicionan el pensamiento de Sabino y la doctrina de Cristo... Son traidores por duplicado; ya veis que no nos duelen prendas. Nos interesa esa unión de que os hablaba, de tipo económico, pero no basta eso. Queremos la unión de todos los vascos, en

todos los órdenes de la sociedad. Y nada une tanto en esta vida, por ley de naturaleza, como el sentimiento de liberación nacional, el ansia de libertad de un pueblo que afecta no al bienestar de un solo individuo o de una sola clase, sino a la totalidad de los ciudadanos...; que eso y no otra cosa pretende el nacionalismo vasco: buscar el bienestar y felicidad del pueblo vasco, de Euzkadi. Y para ello precisa su libertad...

—El nacionalismo es egoísmo, afirmó un muchacho de rostro despejado y serio. Nosotros, añadió valiente y ufano, somos internacionalistas.

Y como si se tratara de una consigna, se levantó un clamor de gritos descompuestos vitoreando a «La Internacional».

—No es egoísmo, amigos, habló Juan, cuando se hubo calmado el temporal de voces. El querer a mi Patria no significa que odie a la patria de los demás, muy al contrario. Hablas, compañero, del internacionalismo y de la humanidad toda, pero no podrás negarlo: tú amas más a tu madre que a la madre de tus amigos. Y a tu novia, en el supuesto de que la tengas...

—¡Vaya que si la tiene!

—¡Y bien guapa, por cierto!

—No lo niego, pero sigue, compañero, dijo el mozo con el rubor en el rostro y como medio de terminar con la risa que se dibujaba en todos los labios.

—Te felicito y sigo. Pues digo que a tu novia quieres con otro afecto que al resto de las demás mujeres. Y a tu familia te ligan lazos que no observas con otras ajenas; aun a tus paisanos aprecias más que a los ciudadanos extraños... ¿Es que esto significa que odias al resto de las madres, de las mujeres, de las familias y de los hombres? Sería absurdo sostenerlo.

Lo que sucede es que aun amando a todos, para los tuyos

ienes un amor preferente, más íntimo e intenso. Es más, amigos: yo no he visto a nadie que no amando a su familia, ame a la humanidad. Del mismo modo, quien no es nacionalista difícilmente puede titularse internacionalista, porque esto significa la regularización y la armonía entre las naciones. Fomentarlas, robustecerlas y hacerlas libres es la obligación de quien se titule internacionalista...

Tan sólo el ruido metálico y monótono de las doce campanadas del reloj vino a interrumpir a Juan, que hablaba con el rostro encendido y la mirada brillante. Al día siguiente, a primeras horas, esperaba el trabajo de la mina y había que descansar... Poco a poco, en discusiones apagadas, fueron los mineros abandonando la taberna.

Un grupo habíase quedado rezagado. Aquel muchacho joven, de rostro despejado y serio, insistía en oponer dificultades. Juan intentaba convencerle con paciencia, mientras caminaban lentamente.

Aun se detuvieron un momento bajo los arcos de la plaza desierta y mal iluminada.

—A mi me parece que el patriotismo conduce a la guerra, afirmaba convencido.

—Entendámonos, amigo: la guerra la desencadena la falta de patriotismo. Primero languidece la fe y el espíritu patriótico; luego muere por la ambición de quienes todo lo supeditan al dinero. Imperialismo y capitalismo se funde a veces en estrecho abrazo. No niego que a veces los patriotas defienden su nacionalismo con las armas en la mano, como en Irlanda, Polonia, Abisinia, pero, mira quienes son: los obreros, la clase modesta, quienes buscan la felicidad y bienestar de la Patria por encima de los egoísmos particulares y los negocios más o menos lícitos

y morales... Lo que sucede, amigo, es que hay dos tipos de nacionalismo : uno interno, que mira fronteras adentro y quiere vivir su vida robusteciendo y desarrollando su personalidad, cuidando su genio... Ese es el nuestro. Otro extremo que mira fuera, aquel que quiere saltar por encima de las fronteras e imponer su genio y su personalidad al resto de los pueblos, basándose en la traición y el engaño o en la fuerza de las armas... Pero a esto no debe llamarse nacionalismo, sí imperialismo.

Continuaron el camino.

Soplaba el viento fuerte y frío. En lontananza, en la negrura del mar, veíanse tenues y temblorosas luces...

IV

En lo alto del camino rojo y estrecho que se desliza por el horadado monte se halla el pueblo. En él, calles tendidas como en los terremotos, estrechas y destartaladas, al igual que las viviendas de madera en su mayoría. Allí también los barracones con sus economatos y cantinas.

En esta mañana soleada parece como si la población estuviera contagiada también de la inquietud que se observa en las minas. Algo se esconde allí que se aprecia como los misteriosos murmullos que preceden al huracán. Grupos de mujeres, cogidas de las sayas por sus hijos, niños anémicos y medio desnudos, comentan vivamente en las calles. En la tienda, en el comercio y en el hogar existe una agitación y todo son cuchicheos y hablar quedo.

Allá, junto a la Plaza, murmura un grupo.

—Ha dicho mi hombre que si no conceden lo que piden, esta semana se va a la huelga...

—A más debíamos ir. ¿Qué es eso de que nuestros hijos trabajen diez y catorce horas en los lavaderos de mineral? Y total «pa» ganar cuatro reales malditos.

—Cuatro reales y «pa» gastarlos en «medecinas». Porque

los hijos de los obreros «paece» que están «condenaos» a no ser niños nunca, y desde que nacen ya sufren las amarguras de los hombres.

—Dicen que los patronos no acceden...

—Y que han traído más Guardia civil.

—Sí, como si el hambre de nuestros hijos se calmara con tricornios y bayonetas...

—¡Eso es una provocación indecente contra el pueblo!

—A falta de razones, buenos son unos tiros...

—La Juli dice que esta noche hay asamblea en el Sindicato.

—Sí, sí; buena se está armando.

—Mejor es acabar de una vez...

Al pueblo llegan los rumores fabriles, el sordo bramido del trabajo. Y en el pueblo, en tantos corazones, un rumor de inquietud y un golpe de rebeldía y de protesta.

Mientras tanto, ajena a la sacudida que estremece a los humildes mineros, allí yace, en tinte rojo, la tierra violada, rotas sus entrañas, vaciada para satisfacer a veces el egoísmo y la ambición. Y ello con la energía, la juventud y la vida de millares y millares de obreros, en beneficio absurdo de una docena de familias que no saben de la asfixia, del calor y la estrechez de las galerías rojas y siniestras.



V

Aún se oye el retumbo apagado de los barrenos.

La sirena ha sonado con estridencia vibrante, y ya por las negras bocas, húmedas y enlodadas de la red de galerías, van apareciendo los obreros, empapados en sangre de la mina, jadeante el respiro y la traza enfermiza.

Se les nota un aire torvo de inquietud.

Como una consigna va corriendo la voz :

—Que nadie falte esta noche a la asamblea...

En los rostros sudorosos y sucios de los mineros hay un sello firme y duro.

Avanzan los trabajadores de la muerte, los que luchan allá dentro, en las entrañas mismas de la tierra, monte adelante, por el sendero rojo, camino del hogar, en busca de alivio y reposo.

—Que nadie falte esta noche...

Como pólvora se ha extendido la noticia. Ha salido de la mina y ha ganado el poblado.

De boca en boca, de corazón en corazón, como un eco que obsesiona, se oye :

—Que nadie falte esta noche...

VI

Los trabajadores todos de la cuenca minera, mujeres y hombres, jóvenes y viejos, llenan hasta rebosarlo el salón del Sindicato, enclavado en un rincón de la plaza, en esta noche misteriosa y oscura de ventarrón fuerte y agua menuda.

No ha comenzado aún la asamblea, y ya el público, impaciente, trepidante, forma una masa densa y arisca, que habla, grita y gesticula ruidosamente.

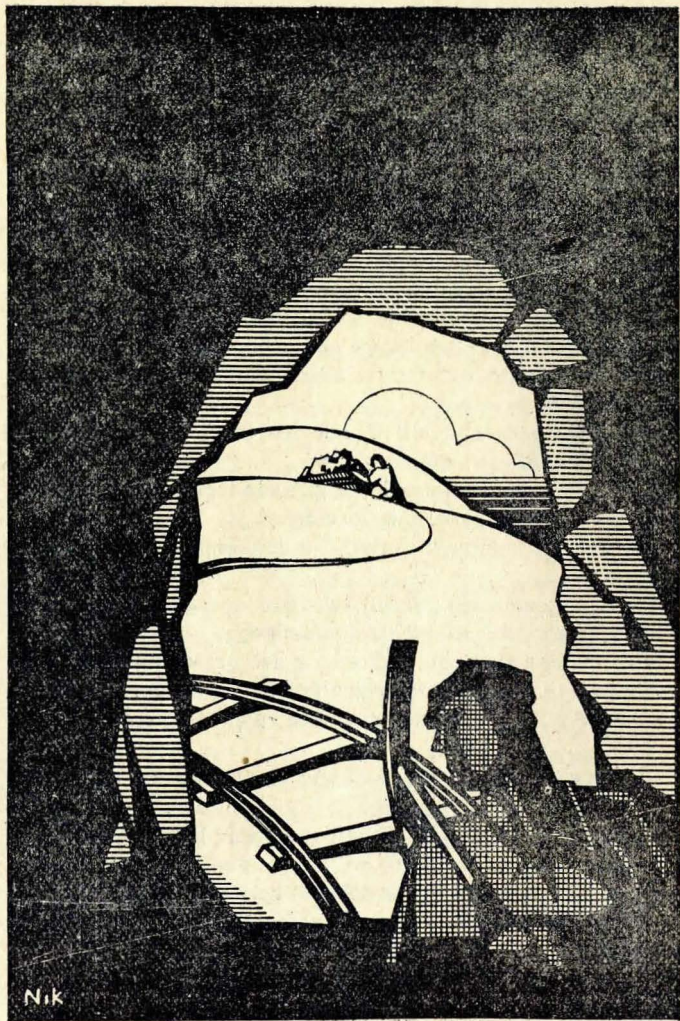
El ambiente está caldeado y turbia la atmósfera con el vaho y el humo del tabaco.

En la puerta, una mujer de rostro demacrado, con su hijo en brazos, habló quedo y mirando temerosamente hacia fuera :

—¿Ya habéis visto? ¡Más de una docena de «ceviles» a la entrada...!

—Sí, sucede lo de siempre — contestó serena y reposadamente un hombre anciano y seco;—ahí fuera la fuerza, que es el derecho de los patronos, y aquí dentro el derecho y la justicia, que es nuestra fuerza...

En medio de aquella agitación, rasgando el temporal de rebeldías, habló un miembro del Comité. El silencio era roto



Nik

tan sólo por su voz gangosa, monótona y torpe. Cuando callaba podía percibirse la respiración fatigosa del auditorio y el tic-tac de tanto corazón impaciente. Toses enfermizas — herencia de la mina — impedían a veces escuchar claramente al orador.

Exigía el Comité una votación parcial por cada sección, para atestiguar, de modo oficial, si todos los mineros estaban dispuestos a mantener, no importaba cómo, las peticiones que habrán de formularse.

A la unidad de la santa rebeldía que palpitaba en el pecho de los mineros, correspondió también la unanimidad de pensamiento: un corazón, una idea y una voluntad.

Con esa unanimidad fueron aprobadas inmediatamente las siguientes conclusiones:

«Aumento general de un 15 por 100 en el salario de todos los obreros, sin distinción alguna.

Sujeción y respeto formal a la jornada legal de ocho horas, y de siete tan sólo para mujeres y niños.

Desaparición de las cantinas y economatos obligatorios y patronales.

Que las vidas estén garantizadas con aparatos de seguridad en los talleres y departamentos de peligro».

A la mañana siguiente habrán de ser presentadas las conclusiones a la Empresa. Y la huelga, como medio, inmediata, para hacer valer el derecho encerrado en ellas, si fueran rechazadas.

La voz gangosa y fría va a dar por terminado el acto, cuando el público pide que hable Juan.

Hay un silencio brusco, sensitivo. Surge Juan, en pie sobre la mesa, iluminado el rostro, brillante la pupila, y con ademán solemne y gesto enérgico va dejando caer su palabra, vigorosa y serena, que penetra rápida y profunda en el corazón del auditorio.

—Hemos heredado, compañeros y amigos, dice extendiendo los brazos, un pasado de amargura, de miseria y de dolor; un pasado de muerte. Parecemos condenados a que pese eternamente sobre nosotros y sobre nuestros hijos la cadena de la esclavitud, que sella nuestra carne de baldón y de ignominia. Todos los atropellos, todas las explotaciones, están escritas con sangre en la mina... Y es ese pasado y esa explotación y esa sangre la que se levanta en estos momentos para romper de una vez la maldición que pesa sobre este pueblo. Es la hora de la rebelión, compañeros. ¡Nos revelamos contra la injusticia y la explotación, por nosotros y por nuestros hijos, por nuestra Patria y por la civilización! A luchar contra la tiranía...

El público escucha embelesado y rompe a gritar, vitoreando hasta enronquecer las voces.

—Nuestros antepasados no conocieron en Euzkadi la esclavitud que padecemos en las minas. Eran éstas del pueblo y sólo del pueblo, y estaban reguladas por leyes sabias y prudentes. Tan sólo cuando los vascos perdimos la libertad surgió aquí la esclavitud económica, la explotación del hombre por el hombre. Y desde entonces este pasado reciente y maldito de dominación y desvergonzada rapiña que ha llevado el luto y el hambre a nuestros hogares y la desesperación a los corazones...

Miraba Juan al auditorio, pero miraba sin ver, ciego de su ideal.

—Queremos volver a la libertad para acabar con la esclavitud. Y contra esto, ¿qué ofrecéis vosotros, hombres de empresa y patronos? ¿Juegos de mutualidades, cooperativismo patronal y hospitales benéficos? Pues sabed que rechazamos la caridad cuando no va precedida ésta de la justicia. Sabed que la limosna, cuando se atenta a la justicia, es una ofensa para el que trabaja...

La palabra del orador se iba caldeando, como caldeado estaba el ambiente y el corazón de todos.

—No es caridad lo que reclamamos. Queremos justicia a secas. Pedimos que se nos trate como hombres, con la dignidad y la consideración que como tales nos corresponde. Ahí están nuestras conclusiones, ¿qué menos que eso para poder vivir? Queremos, por lo menos, hacer compatible el trabajo con las energías humanas; queremos revisar el contrato de las minas y el cumplimiento leal de las leyes del trabajo que hoy ni se respetan ni se cumplen. ¡Queremos ser obreros y no máquinas; hombres y no fieras...!

La palabra vibrante, encendida, apasionada de Juan, estaba prendida en el corazón del auditorio.

Poco después se inicia el desfile.

Hay un temblor de ansiedad; en todos los gestos parece querer saltar una interrogación.

La noche avanza.

VII

La Empresa no accede.

Rechaza en absoluto y de modo rotundo las conclusiones aceptadas en la asamblea.

La noticia se desparrama rauda y veloz por toda la cuenca minera. Salta de la profundidad de la galería a los picachos más altos, asidos y desnudos, de la montaña encartada.

Y crece la inquietud. Los rostros adquieren un gesto nervioso y duro. Surgen las expresiones secas, las amenazas violentas, y se crispan no pocos puños.

Se comenta y murmura en las calles llenas, en las tabernas recargadas, en espera de las órdenes del Comité, reunido en el Sindicato desde hace ya varias horas.

Al fin se conocen éstas.

Ante «la negativa desafiadora y soberbia» de la Empresa, que no accede ni aun a parlamentar con la Comisión obrera, designada a tal objeto, se acuerda, recogiendo el espíritu y el mandato dado por las secciones en la asamblea celebrada la víspera, declarar la huelga general con todas sus consecuencias y por tiempo indefinido.

Corre la voz como reguero de pólvora.

Y allá van, con una excitación y una ilusión en su alma, los delegados, con sus órdenes concretas.

VIII

Las hogueras y los bramidos de la cuenca industrial han callado en esta mañana fresca y nubosa.

Todo el formidable movimiento de las minas ha cesado.

—¡A la huelga, compañeros!, ha sido la consigna.

Y el paro es completo : minas, comercio, transporte, la vida industrial toda. El silencio es absoluto: ya no se oye el estampido de la pólvora, ni el chirriar metálico y doloroso de los baldes portadores del mineral, ni el rugir de los trenes que a dentelladas ganan la montaña, ni la trepidación de las pequeñas y vigorosas locomotoras con sus vagones rojizos, ni la estridencia hiriente de las sirenas que retumban como truenos... Desde los picachos que besan apasionados el cielo gris, hasta la profundidad de los valles, todo parece dormido. La cuenca minera está ciega y muda en este día.

Tan sólo en el poblado, discurriendo entre sus torcidas y estrechas calles, la agitación y la inquietud es grande y crece por momentos.

En la esquina de la calle, fuerza de la Guardia civil, tráda de víspera al pueblo, patrulla con su tricornio charolado, su capa negra y fusil en mano.

Esto ha excitado a la masa. Se comenta con voz de misterio y de odio.

—Las oficinas y dependencias de la Empresa están llenas de Guardia civil...

—A falta de razones ¡ahí van fusiles! Pero no nos asustan, y en definitiva ganaremos...

—Sí, aunque tengamos que romper el cerco del egoísmo a golpe de picachón...

También comentan Iñaki y Juan, que forman parte de uno de los numerosos grupos estacionados en la Plaza.

—Recuerda, amigo Iñaki, que cuando Sabino de Arana y Goiri estudió el problema social que estaba planteado en nuestra Patria, dijo: «Muchas pretensiones hemos visto en todas partes manifestarse por medio de huelgas. Pero nunca se ha visto aún desplegar la fuerza armada contra los capitalistas que se obstinaron en sostener sus beneficios: siempre y únicamente contra los obreros que solicitaron aumento de jornal».

—¡Magnífica observación esta de Sabino!

—Sí, y que refleja nuestro caso de hoy... Mira, mira qué pronto ha salido la fuerza a la calle...

—Y ha entrado en la Empresa.

—Pero no a imponer justicia como representante que es de la autoridad; les basta con ponerse al lado del más fuerte, del capitalista, como si el derecho y la justicia pudieran estar basados en la posesión de la mayor o menor cantidad de dinero...

—¿Y el orden, amigo Juan?, apunto Iñaki, con fina ironía.

—¿El orden? No existe orden perfecto que no tenga como fundamento la moral, es decir, el derecho y la justicia. Hoy día, tal como está organizada la sociedad, con su egoísmo materialista, con su desequilibrio moral y económico, con tantos y tantos abusos inmorales y monstruosos, no puede admitirse que el orden sea una realidad. Pretender defender este orden equivale a mantener los privilegios, las injusticias, la explotación y la esclavitud contra la que se rebela toda conciencia digna y honrada. Sería ésto, el orden de lo desordenado...

El discurso fué interrumpido por una oleada de gritos estentóreos.

Por la calle principal que desemboca en la plaza avanzan en tromba grupos de hombres, mujeres y niños, con apiñamiento de racimo, curiosos y excitados, con banderas y carteles...

A su paso, gritan fuerte y gesticulan con brusquedad :

—¡Abajo la explotación! Queremos justicia...

—¡Nuestros hijos quieren pan!

Y los gritos son coreados por todos hasta enronquecer.

De pronto, un insensato exclama :

—¡Vamos a la Empresa, a la Empresa!

Y cientos de voces, en borrachera de pasión y de odio, repiten frenéticamente :

—¡A la Empresa, a la Empresa!

Ya no queda nadie en la plaza. La manifestación es imponente : una masa compacta que grita y grita avanzando decidida y veloz hacia las oficinas de la Empresa.

Juan, con el nerviosismo reflejado en el rostro, corre también, seguido de Iñaki.

—A prisa, a prisa. Es preciso calmarles. Hay que impedir que cometan una locura...

A fuerza de muchos empujones, golpes y zarandeos, Juan e Iñaki, sudorosos y excitados, están a la cabeza de la manifestación.

Pero ya es tarde...

A las oficinas de la Empresa llegó, como murmullo desolador, como zumbido de muerte, la voz de los mineros que avanzan en tromba.

—¡Que vienen a asaltar la casa!

—¡Cuidado, que tienen dinamita!

Una oleada de pánico ha ganado los corazones. Con locura desenfrenada corren por los pasillos, toman las armas y se aprestan a la defensa.

—¡Cerrar las puertas y cada uno a su puesto!

De la calle llega un rumor que impone, una tempestad de rugidos.

Y de gritos :

—¡Abajo la esclavitud!

—¡Pedimos justicia! ¡Abajo la explotación!

Y de pronto...

Nadie sabe concretamente lo sucedido. Ha sonado un disparo e inmediatamente fuerte descarga de fusilería.

Y mientras la manifestación de hombres, mujeres y niños, que gritan y lloran con estrépito de emoción y pánico, se disuelve, corriendo despavoridos, en huida desordenada, bárbara y trágica, confundidos con el ruido seco, infernal, de las descargas, se escuchan ayes de dolor y mortales alaridos ..

En mitad de la calle, sobre el suelo encharcado, empapado ya el barro en sangre caliente, yace el cuerpo de Juan, tieso y frío, atravesado el pecho por una bala... Junto a él, de rodillas, impávido, insensible al tiroteo y a cuanto le rodea, Iñaki, con las manos temblorosas, acariciando el rostro helado e inexpressivo de su amigo, llora amargamente. A unos metros de distancia hay también en el suelo el cadáver de una mujer joven. Y más allá, junto a un portal, una mujer desmayada, con su hijo en brazos.

Por la noche, en la angustia y el misterio de la negra oscuridad, roto el flúido eléctrico, los mineros se lanzan a la calle vengativos y furiosos y luchan enloquecidos por la sangre y los gritos. No pocas balas entran en las casas buscando carne tierna y femenina.

La cuenca minera, mientras tanto, está muerta. Su cadáver quedará allí, con las entrañas rojas al descubierto, rotos los canales, inundadas las cuevas y los pozos, anegados y fríos los hornos; y el material, al aire y abandonado, con moho y

orín, lleno de herrumbre, como el alma de tantos y tantos hombres.

La voz de la lluvia, que cae persistente en tromba monótona y desesperada, parece querer cantar el drama de lágrimas y suspiros de la mina.

De la sangre en la mina.

Es como queja de muerte.

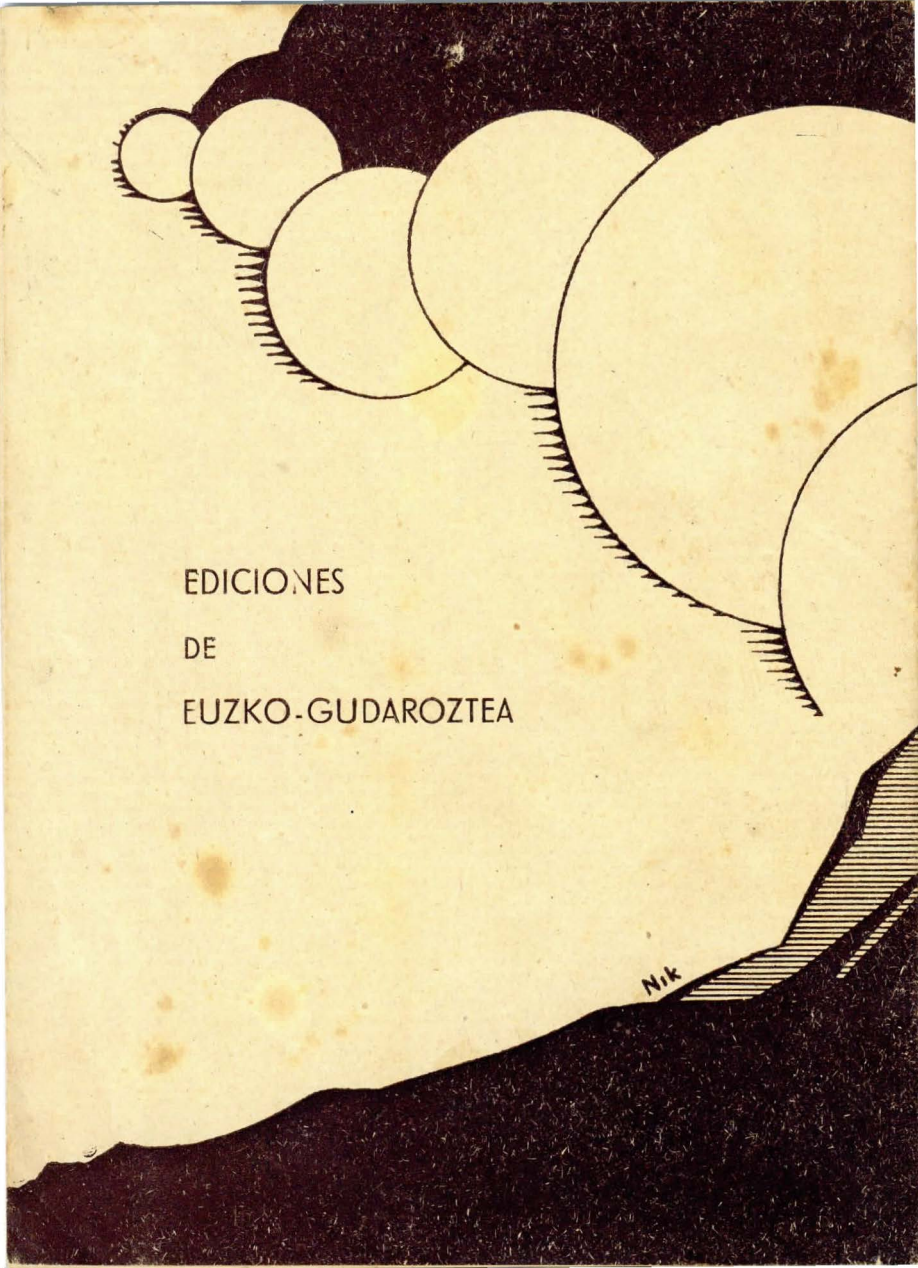
FIN



1840

31

1840

The image features a series of overlapping circles of varying sizes, arranged from the top left towards the bottom right. The circles are white with black outlines and are set against a dark, textured background. The circles are partially filled with a dark, textured material, creating a layered effect. The overall composition is minimalist and graphic.

EDICIONES
DE
EUZKO-GUDAROTEA

Nik